

Cultura y violencia:

hacia una ética social del reconocimiento

Cultura y violencia:

hacia una ética social del reconocimiento

MYRIAM JIMENO



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

Catalogación en la publicación Universidad Nacional de Colombia

Jimeno Santoyo, Myriam Esther, 1948-
Cultura y violencia : hacia una ética social del reconocimiento / Myriam Esther Jimeno Santoyo.
-- Primera edición. -- Bogotá : Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias
Humanas. Centro de Estudios Sociales (CES), 2019.

436 páginas: ilustraciones (principalmente a color), fotografías, mapas. -- (Colección CES)

Incluye referencias bibliográficas al final de cada capítulo e índice de materias.

ISBN 978-958-783-747-6 (rústica). -- ISBN 978-958-783-748-3 (e-book). -- ISBN 978-958-783-749-0 (impresión bajo demanda).

1. Violencia -- Colombia 2. Violencia -- América Latina 3. Ética social 4. Crímenes pasionales 5. Cultura política 6. Emociones -- Aspectos sociales I. Título II. Serie

CDD-23 303.6098 / 2019

Cultura y violencia: hacia una ética social del reconocimiento

Colección CES

© Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Centro de Estudios Sociales (CES)

© Myriam Jimeno

Primera edición, 2019 Bogotá, Colombia

ISBN (papel): 978-958-783-747-6

ISBN (digital): 978-958-783-748-3

ISBN (IBD): 978-958-783-749-0

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas
Centro de Estudios Sociales (CES)

Preparación editorial

Facultad de Ciencias Humanas

Centro de Estudios Sociales (CES)

cescd_bog@unal.edu.co

Gerardo Ardila, director del CES

Laura Morales González, coordinadora editorial

Juliana Monroy e Ivano Valderrama, corrección de estilo

Julián Hernández - Taller de Diseño, diseño de colección

Yully Cortés, diagramación

Imagen Editorial S.A.S., impresión

En la cubierta: *The Disasters of War' (Los Desastres de la Guerra):*

'One can't look.' (No se puede mirar), Francisco de Goya.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio
sin el permiso previo por escrito de los titulares de los derechos correspondientes.

Tabla de contenido

Prólogo	
JOANNE RAPPAPORT	7
Introducción	11
Parte I	
Violencia y cultura: de la intimidad al cuerpo político	35
Corrección y respeto, amor y miedo en las experiencias de violencia	37
Identidad y experiencias cotidianas de violencia	55
Cuerpo personal y cuerpo político: violencia, cultura y ciudadanía neoliberal	77
Democracia, Estado y violencia en América Latina	97
Parte II	
Violencia, mente y cultura: crímenes de pasión	117
Unos cuantos piquetitos: violencia, mente y cultura	119
Crimen pasional: con el corazón en tinieblas	147
Narrando la violencia: relatos de pasión y muerte	171
El juego de las emociones: de la pasión al feminicidio	195

Parte III	
Violencia, emociones y sujeto político	227
Los límites de la libertad. Ideología política y violencia en los radicales	229
Fragmentación social y violencia en Colombia	259
Novelas de la violencia: en busca de una narrativa compartida	279
Parte IV	
Emociones, cultura y política	337
Lenguaje, subjetividad y experiencias de violencia	339
Experiencias de violencia: etnografía y recomposición social en Colombia	365
Emociones y política: la víctima y la construcción de comunidades emocionales	393
Índice de materias	419

Prólogo

JOANNE RAPPAPORT

La producción académica colombiana sobre la violencia ha aumentado notablemente en las últimas décadas, tanto en las diversas disciplinas de las ciencias sociales y las humanidades como en la medicina y las artes. En medio de esta expansión de la violentología, la antropóloga Myriam Jimeno ha dedicado los últimos 21 años a la investigación de la violencia desde múltiples perspectivas: el macroanálisis, la interpretación histórica y la etnografía, atravesadas todas ellas por un hilo común que combina la evaluación de la violencia estructural con las experiencias subjetivas de la violencia. Sus estudios abarcan desde la violencia doméstica y el testimonio personal de las víctimas de la agresión paramilitar hasta la experiencia de la violencia a nivel nacional, tal como se refleja en la prensa, el discurso de los políticos y demás élites y la literatura. Jimeno ha trabajado sola y también en equipos de académicos de las ciencias de la salud y otras ciencias sociales. Su obra trasciende el público académico y ha sido reconocida por las organizaciones indígenas.

Es un lujo poder contar con todos los escritos de Jimeno sobre el conflicto y la violencia en un solo volumen. La colección puede leerse según diversos itinerarios. En primer lugar, es posible seguir la sugerencia de la autora y recorrer sus páginas en orden consecutivo, desde la visión panorámica de la relación entre violencia y cultura hasta el examen etnográfico de los crímenes pasionales, pasando por la interpretación de la manera en que historiadores y escritores han abordado la política de la violencia desde el siglo XIX, para concluir con algunas observaciones etnográficas sobre las consecuencias de la violencia en el campo colombiano. Esta lectura tiene la ventaja de agrupar

los catorce artículos de la colección según encabezamientos temáticos, de tal manera que, antes de adentrarnos en el agudo análisis de la manera en que se han vivido y explicado los crímenes pasionales, podemos obtener, por ejemplo, una visión macro de cómo la prensa nacional ha explicado la violencia. Luego, podemos devolvemos a examinar cómo los estadistas decimonónicos y los novelistas de la época de la Violencia concibieron la relación entre política y violencia. Y podemos concluir con una mirada atenta a los Nasa de Kitek Kiwe, la comunidad reconstituida de sobrevivientes de la masacre del Naya en 2001, quienes, a través de su propia agencia, han pasado de ser víctimas a participantes proactivos en el trabajo de la memoria histórica y la definición de la autonomía indígena. A lo largo de esta lectura consecutiva, hay un vaivén constante entre las causas estructurales de la violencia y su vivencia individual, entre el análisis social y el testimonio personal, entre los pronunciamientos de los políticos y la prensa y las expresiones étnicas y de género. Sin embargo, el hilo conductor que le da unidad a la colección es la tesis de que la violencia en Colombia solo puede entenderse si se combinan esas múltiples perspectivas y abordajes metodológicos con el fin de observar y analizar la sociedad colombiana en varios niveles y de manera simultánea.

No obstante, creo que también es provechoso leer el libro de la misma manera en que uno podría abordar *Rayuela* de Cortázar, es decir, evitando la lectura página por página y optando por otra lectura, en este caso, la cronológica. Esta lectura tiene la ventaja de mostrarnos la evolución de las ideas de Jimeno a lo largo del tiempo. Para mí, en cuanto docente, este es el abordaje más útil porque me permite mostrarles a mis estudiantes que la investigación es algo que se desarrolla a través del tiempo y que nunca es algo aislado y puntual. Si bien es posible reorganizar la tabla de contenido por fecha de publicación y recorrer los artículos parte por parte, o artículo por artículo, lo cual sería aún más dispendioso, yo prefiero tomar una de las ideas centrales de Jimeno y rastrearla cronológicamente como indicio de su evolución como analista. El concepto que he seleccionado para ello es el de “configuración emotiva”, es decir, la construcción cultural mediante la cual se vive y se explica la violencia a nivel subjetivo. A mi modo de ver, este es el vehículo conceptual fundamental para la relación que establece la autora entre la violencia como rasgo sistémico a nivel social y la violencia como algo que ocurre con frecuencia en el ámbito doméstico.

Jimeno utiliza por primera vez la noción de “configuración emotiva” en su artículo del 2002, “Crimen pasional” (incluido en la Parte II del volumen). Allí, examina el testimonio de individuos acusados de crímenes pasionales en Brasil y Colombia y, a partir de sus testimonios y de las fuentes jurídicas consultadas por sus abogados, desentraña las tres explicaciones que dan de los episodios de violencia doméstica: patologías pasajeras, expresiones de amor romántico o pérdida de la cordura por razones emocionales. Dicho de otra forma, se racionalizan los crímenes mediante el recurso a la psicología, al sentimentalismo o a las emociones. Dos años después, en “Unos cuantos piquetitos” (incluido también en la Parte II, antes de “Crimen pasional” en la tabla de contenido), Jimeno aborda la naturaleza de género de esas tres justificaciones de la violencia doméstica, mediante el análisis de declaraciones ante los tribunales, de escritos de juristas y de la cultura popular, con el fin de demostrar el carácter sistémico de la “configuración emotiva” y de la manera en que favorece a los delincuentes varones. Sin embargo, en sus escritos más recientes, Jimeno amplía su análisis de manera tal que se le otorga una mayor agencia a los sujetos. En sus trabajos del 2010 y 2011 sobre Kitek Kiwe (incluidos en la Parte IV), estudia la manera en que las comunidades mismas logran encauzar las emociones para producir cambios. Recurre a la noción de “comunidad emocional” para explorar los diversos medios performativos que tienen a su disposición las víctimas de la violencia —en este caso, las víctimas indígenas—. Jimeno también explora de qué manera el acompañamiento antropológico por parte de etnógrafos como ella puede contribuir a la reconfiguración de nociones muy arraigadas en la mentalidad colombiana que justifican la violencia.

Ya sea que optemos por seguir el orden establecido por Jimeno en la tabla de contenido o que leamos la obra de manera cronológica, se trata de un volumen rico y multifacético que bien vale la pena explorar. La obra de Jimeno nos brinda un agudo balance de la violencia en Colombia, así como algunas herramientas conceptuales para abordar las consecuencias del conflicto. Y logra su cometido mediante la atención tanto a la estructura como a la experiencia personal y la integración del análisis de discursos jurídicos y periodísticos y de la psicología a la interpretación etnográfica, todo ello fundamentado en un profundo conocimiento del contexto histórico y cultural.

2 de enero del 2018
Washington, D. C.

Introducción

Tratar el tema de la violencia en Colombia es como hablar de fútbol en Argentina o de samba en Brasil: todos se consideran expertos. Esto implica que los estudiosos del tema debemos competir en igualdad de condiciones con arraigadas convicciones del sentido común, las cuales conforman un verdadero sistema de conocimiento difícilmente refutable, del cual se sirven las personas para orientar sus acciones y pensamientos en la vida diaria (Geertz, 1983). Los resultados de ejercicios de reflexión crítica y de investigaciones empíricas se debaten, en pie de igualdad, con la más diversa y abigarrada gama de “teorías” sobre el “origen” de la violencia. Aun así, y a riesgo de muchos malentendidos, pretendo discutir con el sentido común e incluso me propongo tomar algunos de sus productos como un dato de gran valor para entender el mundo de referencias con el cual las personas ejercen e interpretan la acción violenta.

Mi interés por las prácticas de violencia surgió de la inquietud y el desasosiego que provocaban en muchos de nosotros los asesinatos, atentados, bombas, masacres, desapariciones y otras prácticas de violencia que crecieron a borbotones desde la mitad de la década de 1980.¹ Narcotraficantes, guerrilleros, paramilitares y el propio Ejército colombiano participaban en acciones en las que los actores se enfrentaban, sobreponían y establecían alianzas precarias que confundían a los civiles. La violencia escaló de forma dramática en la campaña presidencial de 1989-1990 con el asesinato de

1 El Registro Único de Víctimas del 2017 consigna 255.000 víctimas del conflicto armado antes de 1986 y escala hasta 2.314.708 entre 1998 y el 2002.

los candidatos presidenciales Luis Carlos Galán (1943-1989) en agosto de 1989 y Bernardo Jaramillo (1955-1990) en marzo de 1990.

En un breve escrito divulgativo en 1996 expresé que: “Llevamos varios días con el corazón apretado presenciando el terror que propagan las masacres de las ‘Autodefensas’”. La escalada de terror que se concentraba en zonas rurales de Colombia era un hecho angustioso. Añadí entonces que el uso de la violencia extrema para someter a otros no era nuevo y que su principal atractivo era la crudeza del mensaje que deseaba transmitir para doblegar. En un intento por tratar de entender estos hechos recurrí a Hannah Arendt, por entonces poco conocida en nuestro medio, cuya lectura me sugirió un colega de la Universidad Nacional. En *Sobre la violencia* (2015), ella afirmó que la eficacia del empleo del terror, como se vio en el nazismo y en el estalinismo, es comunicar que *todo es posible*. El uso excesivo de la violencia coloca a sus víctimas en la impotencia, pues comunica que “el mundo está en sus manos”. Intentado bloquear la capacidad de actuar en común es como el terror apunta a aislar a las personas, de manera que un gran grupo puede ser reducido por un puñado implacable (Arendt, 2015). El intento por entender este entorno inquietante es el conjunto de textos aquí recopilados, aunque la gran mayoría no se refieren a la violencia llamada política, sino a la ejercida en la intimidad. Eso se debe a un giro no buscado, a una voltereta de esas que nos da el trabajo en el campo.

Como luego explicaré, me aboqué a las violencias en la vida cotidiana porque me topé, sin quererlo, con las profundas, aunque no evidentes, conexiones entre distintas formas de violencia y con la borrosa y a veces arbitraria distinción entre las esferas privada y pública de la vida social. Cuando en 1993 inicié junto con un grupo de colegas investigadores el primer trabajo de investigación con personas de bajos recursos en Bogotá, indagamos² sobre el sentido que las personas le daban a la palabra *violencia*. Para nuestra sorpresa, todo lo que nos definieron y relataron se refirió a experiencias cercanas, de hogar, muy dolorosas por referirse al uso contra

2 Hablo de nosotros, los que conformamos en ese momento un equipo de investigación en el Centro de Estudios Sociales (CES) de la Universidad Nacional de Colombia. Aparte de mí, estábamos: Ismael Roldán, profesor de psiquiatría; David Ospina, profesor de Estadística; los jóvenes profesores de psiquiatría, Luis Eduardo Jaramillo y José Manuel Calvo, todos docentes de la Nacional; y los estudiantes de último semestre del pregrado en Antropología Sonia Chaparro y John Trujillo. No era aún el tiempo de la conformación de grupos interdisciplinarios por Colciencias, sino que fue una necesidad que sentimos de complementarnos entre disciplinas.

ellos de la fuerza física y emocional cuando eran niños o como cónyuges, particularmente, femeninos. Un gran contraste con el uso de la misma palabra entre las capas intelectuales de la población, para las cuales la violencia se confunde hasta ahora con injusticia o desigualdad social y se la ve como característica de la estructura de la sociedad colombiana. Nosotros como investigadores también esperábamos que nos refirieran los graves incidentes públicos de esos años. Pero no, eso no era lo más importante para ellos. Fue por ello que redireccionamos el trabajo hacia los relatos de violencia que los participantes del estudio consideraban importantes y allí nos detuvimos durante los siguientes cinco años.

Pero también hay una faceta personal, como nos suele suceder a los investigadores, en la elección del tema de procesos de violencia. En alguno de los seminarios del Laboratorio de Investigación en Antropología Social, que tantas veces impartí en el pregrado en Antropología de la Universidad Nacional de Colombia, una joven me preguntó si no había una razón más personal para ese interés mío en estudiar la violencia. Le respondí que no, que no me había encontrado de frente con violencias. Pero casi enseguida debí corregirme, pues evoqué recuerdos de primera infancia en una finca de mis padres entre Santander y Boyacá, donde éramos una de las pocas familias liberales que había permanecido en su finca. Era la violencia de la década de 1950, cuyas secuelas finales de bandidos a sueldo y asaltos a fincas eran un miedo permanente, que por fortuna nunca llegó a materializarse, pero que se susurraba entre los adultos. Otra forma de violencia que escuchábamos aterrados ocurría entre los campesinos pobres, que con frecuencia se trenzaban en peleas a machete o cuchillo, que terminaban con heridos o muertos. Los motivos parecían baladías, disputas por cercos, animales, desamores, pequeños robos. Es decir, sí había una temprana inquietud personal por entender por qué sucedían actos de violencia, que recibió un estímulo particular del entorno opresivo de finales de la década de 1980.

A esta inquietud se le sumó la insatisfacción sobre las explicaciones generales macro estructurales. ¿Qué pensaban las personas que la ejercían? ¿Qué pensaban quienes la sufrían? ¿Era cierto que estos la reproducían en ciclos repetitivos? ¿Cuáles eran los motivos específicos para que un sujeto optara por este tipo de acción? ¿Era reductible a impulsos bárbaros o a fuerzas históricas oscuras? Entonces las motivaciones para mi trabajo fueron, al mismo tiempo, asumir el desafío de comprender

teóricamente el fenómeno de las violencias, enfrentar el día a día de la presencia ominosa de la violencia en la sociedad colombiana a partir de mitad de la década de 1980 y responder a una antigua inquietud infantil.

Una manera de lidiar con la angustia de esos años era buscar entender quién, por qué y en qué contexto de relaciones actúa de determinadas maneras que controvierten principios de convivencia y mínimos morales. Así, se unieron el malestar del entorno con la inconformidad con las explicaciones que se daban, pues no parecía existir escapatoria a la disyuntiva entre explicaciones macroestructurales y la acción individual con disquisiciones psicológicas sobre patologías personales o colectivas. En medio de la insatisfacción sobre la comprensión usual acicateaba la preocupación vivencial, política y ciudadana.

En otros trabajos, he argumentado sobre la preocupación ciudadana como un rasgo de estilo de nuestra práctica antropológica latinoamericana: el investigador y el ciudadano se retroalimentan en sus preocupaciones y en sus horizontes de sentido, de manera que la investigación y el compromiso social se entrelazan y animan el trabajo del antropólogo (Jimeno, 2007). Tuve la oportunidad de volver sobre esta idea a raíz del Congreso Colombiano y Latinoamericano de Antropología celebrado en julio del 2017 (Jimeno, s. f.). En el trabajo presentado en este evento propuse que la confrontación interna colombiana implicó cambios en la forma de hacer antropología en todos los niveles: en la manera de hacer campo, en la forma de relacionarse con los sujetos de investigación y, por supuesto, en el tema de la violencia, que se nos volvió reiterativo hasta la obsesión. Como obsesión, afirmé, nos condiciona y limita, pero también nos incita y alienta a abrir nuevas posibilidades y a encararlas con especial pasión. En el conflicto interno se ponen en tensión las lealtades primordiales, y los antropólogos deben optar. Huir o ignorar son siempre opciones, pero es ineludible resolver la dualidad entre el conocimiento, la inmersión personal y el entorno de conflicto. Continué argumentando que nuestra marca de estilo es cabalgar incómodos entre la disciplina como marco universal y los compromisos y preocupaciones propias de nuestro entorno particular como ciudadanos. Esta situación tiene la ventaja de que el acercamiento íntimo que es propio del trabajo etnográfico se transforma en complicidad con los sujetos de estudio, como lo definiera George Marcus (1997), pero, a la vez, rebasa, amplifica y resitúa a aquella mediante la práctica del compromiso, que es central para el investigador ciudadano.

Joanne Rappaport (2008, Rappaport y Field, 2011) destaca la tradición en la práctica del compromiso de los investigadores en Colombia, tradición que lidera la obra de Orlando Fals Borda (Rappaport, s. f.; Fals Borda, 1978).

El investigador ciudadano, aquel que trata de conjugar su condición de trabajador del conocimiento con sus preocupaciones como sujeto situado y miembro de una sociedad particular, es ostensible para quienes buscamos documentar y entender el conflicto y la violencia desde el punto de vista de quienes lo han sufrido.

En busca de un camino propio

En 1993, emprendí la primera investigación sobre las acciones de violencia y, como previamente lo referí, nos enfocamos con el grupo interdisciplinario de investigación en cómo definían la acción de violencia personas de bajos recursos residentes en Bogotá. El enfoque general del método nos aproximó a la fenomenología que le da relieve a la interpretación que ofrecen las personas de sus experiencias; de la etnografía rescatamos la necesidad de construir cercanía con el punto de vista de los sujetos de estudio. Así, en vez de buscar en rasgos de la historia de la sociedad colombiana y sus desigualdades, el camino fue el inverso: empezar por las experiencias personales de sujetos situados cultural y socialmente para indagar cómo y dónde se conectan con la historia social. A partir de cada relato de experiencia intentamos cavar en las redes de relaciones e interacciones inmediatas, en la estructura de pensamientos, motivaciones y valoraciones, y en cómo se insertan en el tejido social más amplio para hacer de la estructura social algo vivo y en marcha. Las largas y arduas discusiones dentro del grupo de investigación interdisciplinaria dieron fruto en los trabajos que plantean la continuidad y la estrecha interrelación entre la conformación del sujeto, el contexto cultural, las relaciones sociales y las dinámicas de la estructura social.

Durante la investigación encontramos que el uso social de las nociones populares de *intención de corregir* y *respeto* son los resortes culturales que disparan y organizan la violencia en el hogar por parte de los padres y las madres hacia sus hijos y de los cónyuges hacia sus parejas. La conclusión analítica apunta a la manera ambigua como se construye sobre esta base la relación con la autoridad, tanto la del hogar como la de la sociedad en general. La noción personal de autoridad se forja sobre sentimientos y

pensamientos ambivalentes: miedo, amor, odio, desconfianza y prevención, experimentados de forma simultánea. Algunos de los resultados de las investigaciones que emprendimos entre 1993 y 1998 en Bogotá y en la región de Espinal (Tolima) se recogen en la primera parte de esta compilación, titulada “Violencia y cultura: de la intimidad al cuerpo político”, y se complementan con los libros de resultados de 1996 y 1998, los cuales son posteriormente reseñados.

En el grupo interdisciplinario nos interesamos por los referentes y núcleos culturales detrás de la acción de violencia, lo que llevó a tomar al sujeto y sus relaciones sociales como centro de interés y a definir la violencia como un tipo discernible de acción social. Hannah Arendt con su aguda distinción entre violencia, poder, poderío y autoridad, y su insistencia en la esencia instrumental del acto de violencia fue una gran guía. Así mismo, las corrientes sociológicas que, como la de Erving Goffman, se detenían en el análisis de las interacciones sociales y la antropología cognitiva que ponía en relación cultura, mente y acción social. También los enfoques psiquiátricos en los que la mente y el comportamiento no eran vistos como aislados de la vida y las relaciones sociales particulares como se encuentra, entre otros, en los trabajos de Leonard Eron y L. Rowell Huesmman (Eron y Rowell Huesmman, 1994; Eron, 1994).

En lo personal esta aproximación metodológica me distanciaba del marxismo estructuralista y del historicismo, que solía diluir cada fenómeno específico en las grandes contradicciones macrosociales, y me acercaba a la sociología del sentido y las motivaciones de Max Weber. El énfasis fue trabajar sobre las expresiones del sentido común sobre la violencia y, por tanto, darle relieve a las narrativas de los propios actores sociales sobre los eventos vividos. Esto significó retomar la tradición antropológica que busca entender los procesos sociales a partir del significado que tienen para sus protagonistas. ¿Qué entienden las personas corrientes por experiencia de violencia? ¿Cómo las relatan? ¿Cuáles son los puntos de fuerza de sus explicaciones y con qué recurrencia aparecen? Moverse en esta línea de trabajo supone, por un lado, rescatar el sentido común como sistema cultural y, por otro y al mismo tiempo, no caer en su fetichismo. Así, si bien tomamos las narrativas totalmente en serio, al mismo tiempo realizamos una crítica para detectar sus claves de sentido no evidentes, sus líneas de fuerza y sus implicaciones para la acción social. Fue de gran utilidad descomponer la acción de violencia, solo por razones analíticas,

en tres grandes componentes: el evento en sí, la red de relaciones e interacciones en que ocurre y los pensamientos y sentimientos involucrados y su inmersión en circuitos socioculturales mayores.

Para las personas de bajos recursos de Bogotá —y luego constatamos algo similar en el Tolima—, la noción de violencia contiene una enorme carga afectiva, pues remite en sus relatos a una experiencia de maltrato, a veces muy agudo, por parte de uno o ambos padres, que dejó huellas de vergüenza, dolor, rabia y humillación profundas y duraderas. Pero la violencia personalmente sufrida también contenía para las personas un núcleo cognitivo de razonamientos y pensamientos que asociaban el uso de la violencia paterna o materna con una intención correctiva hacia el hijo. Así, el lugar común según el cual las personas de bajos recursos están acostumbradas o son indiferentes ante la violencia fue refutado por los relatos que recogimos de algo más de seiscientos personas en Bogotá y Espinal (Tolima). Por el contrario, al compartir sus experiencias evocaban y expresaban un gran dolor, perdurable a lo largo de sus vidas, que afectaba su confianza en el entorno, generaba miedo hacia los otros y consolidaba una noción de autoridad como entidad no fiable, arbitraria y proclive al uso de la violencia para asegurarse obediencia.

A partir de los resultados de estos trabajos, se conformó de manera estable desde 1996 el grupo Conflicto Social y Violencia, adscrito al Centro de Estudios Sociales (CES). Sus resultados se encuentran en los libros *Las sombras arbitrarias. Violencia y autoridad en Colombia* (Jimeno et al., 1996) y *En una mano el pan y en la otra el reño. Violencia cotidiana en la sociedad rural* (Jimeno et al. 1998) y en tres de los artículos de la primera parte de esta compilación.

El giro hacia las emociones

Las investigaciones sobre la violencia en la intimidad pusieron de presente la estrecha relación entre los aspectos cognitivos y los emocionales en los referentes que usan las personas para orientar sus acciones y decisiones y en su conceptualización del entorno. ¿Cuál era el papel de las emociones en la práctica social de violencia? A raíz de la investigación doctoral realizada con la Universidad de Brasilia opté por virar hacia los crímenes entre parejas con vínculos amorosos. Profundicé en el vínculo entre cultura y emociones a partir de los trabajos de Catherine A. Lutz y Lila Abu-Lughod y trabajos de la psicología y antropología cognitiva.

En el llamado crimen pasional, desde su misma denominación, estaba clarísimo el vínculo entre lo cognitivo: las apreciaciones, razonamientos, memorias y evaluaciones, y la valoración emocional, y el uno y la otra están mutuamente impregnados.

Esto era importante para entender la experiencia de violencia desde una mirada integral y significó un segundo gran momento de la investigación sobre acciones de violencia. Así, entre 1999 y el 2001 investigué la relación entre cultura, violencia, cognición y emociones en los homicidios entre parejas en Brasil y Colombia, lo que se recoge en el libro *Crimen pasional. Contribución a una antropología de las emociones* (2004).³ Acuñé el concepto de *configuración emotiva* para explorar las emociones como categorías histórico culturales que hacen parte de las jerarquías de género, sostenidas en la concepción dual del sujeto (emoción/razón). La influencia de la obra de Nibert Elias aquí es muy grande.

En ese segundo momento de trabajo comparativo entre Colombia y Brasil me expandí en cómo nuestra sociedad moderna occidental y occidentalizada categoriza las emociones y lo hace entendiendo que lo valioso y productivo es la razón, mientras que las emociones son algo instintivo, devaluado. Esta concepción supone que las mujeres son emocionales y los varones racionales. El crimen pasional invierte este supuesto cultural. Es interesante la inversión que se produce en la evaluación social del crimen pasional: al hombre en este contexto se lo juzga como si fuera alguien que actúa de forma irracional, mientras a la mujer, cuya proporción en estos crímenes es ocho veces inferior a la del hombre, se le atribuye ser fría y calculadora. El gran argumento que encuentro esgrimido por jueces, defensores, periodistas y victimarios a lo largo de casos y casos en toda América Latina es que el hombre las mata en un arrebato emocional. Allí es muy claro el enunciado cultural de las emociones como actos instintivos, bárbaros, opuestos a la razón. Justamente, intento deconstruir esta concepción y mostrar cómo esas ideas sobre las emociones están relacionadas con: primero, concepciones duales del sujeto; segundo, la hipervaloración moderna de la razón desligada de los afectos y, tercero, jerarquías de género en las que la mujer es apropiada por un hombre que teme perderla.

3 Obtuvo en el 2006 la Mención de Honor del Premio Iberoamericano del libro de la Latin American Studies Association (LASA).

En la segunda parte de este libro, “Violencia, mente y cultura: crímenes de pasión”, se recogen los escritos de esta línea de trabajo, los cuales tienen como argumento central que la violencia en este contexto particular ocurre como una *experiencia emotiva* y dentro de una *configuración emotiva*. Es decir, estos crímenes de pareja no son actos aislados, patológicos, demenciales, excesos del amor, como se suelen llamar. Más bien, son acciones cuya motivación es un entramado de convicciones y sentimientos sobre las relaciones de pareja, la feminidad y la masculinidad. Allí, la violencia ocupa un lugar central para asegurar la continuidad del modelo jerárquico en las relaciones amorosas. En nuestra formación cultural la jerarquía de género se sostiene en formas de violencia desde las explícitas y crudas del maltrato físico hasta las encubiertas del lenguaje y la violencia simbólica. Desde el punto de vista teórico de nuevo fue importante la crítica que hizo Hannah Arendt a la concepción de la violencia (Arendt, 2015; Arendt, 1999). Arendt puso de presente la importancia del uso instrumental de la violencia para someter a otros. Acuñó la noción de “banalidad del mal” en sus comentarios sobre el juicio realizado en 1961 en Jerusalén a Adolfo Eichmann para explicar las razones por las cuales no consideraba apropiado juzgarlo como un monstruo. Puesto que, verlo como tal, conducía a desestimar el largo y minucioso testimonio que el propio acusado había hecho sobre su carrera como funcionario nazi, cumplidor de órdenes, y, por tanto, minimizaba su responsabilidad en la deportación de millares de judíos a los campos de concentración. En el juicio prefirieron situar su acción como debida a algo situado “más allá del entendimiento humano”, a un odio insano y “enfermo”. En oposición a esa explicación, Arendt propone concebir las acciones de Eichmann sin traumas ni sobresaltos, sin odio particular a los judíos, más bien, como llevadas a cabo con pleno uso de las facultades mentales y en conformidad con las leyes de su país. Eichmann estaba convencido de que simplemente cumplía con su deber y con la ley, e incluso afirmó que vivía siguiendo los principios morales de Kant. Pese a su conciencia de la contradicción con el principio de “no matarás”, él, así como muchos otros funcionarios nazis, cumplieron metódicamente con las órdenes, pues el mal había sido banalizado por una normalidad rutinaria, burocratizada, jerarquizada y por un vacío de pensamiento.

Esta crítica de Arendt me abrió el camino hacia el sustrato cultural de los crímenes de pareja y me llevó a distanciarme aún más de la patologización

de la acción de violencia, pese a que en los crímenes que se denominaban *pasionales* el primer plano lo ocupan las emociones intensas. No porque ella avanzara sobre los argumentos culturales, históricos o emocionales, pero sí en la medida en que su trabajo invita a sobrepasar la concepción de la violencia como patología personal y a buscar en el entorno social las razones de la instrumentalización de esta. En el caso de Eichmann es la burocratización jerarquizada del entorno nazi como hecho profundo que banaliza el mal. Para los crímenes pasionales contemporáneos en Colombia y Brasil propuse los lugares comunes sobre el sujeto, masculino y femenino, la violencia y la emoción.

Uso la categoría analítica de *configuración emotiva*, inspirada en el trabajo de Nobeit Elias, para proponer que nuestra *configuración emotiva* se compone de tres grandes conjuntos profundamente entrelazados de sentimientos, ideas y prácticas: (a) la romantización del amor; (b) la violencia entendida como un acto de locura patológica y (c) la escisión entre razón y emoción. En este contexto las emociones se suelen colocar por fuera de la cultura y la sociedad, como ya lo dije. Durante buena parte del siglo xx se concibieron las emociones como inscritas en una subjetividad asocial, precultural y, por lo tanto, irracional y salvaje. La dicotomía razón/emoción se vio como algo natural e irrefutable y fue el sustento cultural de la disculpa de los crímenes de pareja. Supuestamente estos se debían al asalto repentino de las emociones (celos, rabia, miedo) que disculpaban la responsabilidad del agresor, en su gran mayoría masculino.

Uno de los efectos sociales de la configuración emotiva que escinde al sujeto en razón y emociones como compartimentos ajenos es patologizar el acto de violencia y recluirlo en la caverna de los instintos emocionales. Se pretende, así, que la posibilidad de emplear la violencia no habita entre nosotros, sino que apenas ataca por una circunstancia muy particular, muy especial, enfermiza. Pero curiosamente emerge justo cuando ocurre una herida a la masculinidad por abandono o real o supuesta infidelidad de la pareja. Están pues en relación las jerarquías de género, la masculinidad, la violencia y la concepción de sujeto.

Violencia, política y comunidades emocionales

De las emociones y su papel en la intimidad me desplazé paulatinamente hacia las emociones en la violencia política, en el escenario público.

En la tercera parte de este libro, “Violencia, emociones y sujeto político”, se reúnen tres artículos que abordan aspectos de la estructura y la historia política colombianas. Dos de ellos fueron realizados dentro del Seminario de Pensamiento Colombiano que coordina desde el 2000 el filósofo Rubén Sierra Mejía, y del que participamos de forma continua, hasta el 2016, profesores y estudiosos de varias áreas del conocimiento. Coincidimos al estudiar un determinado periodo de la historia de Colombia desde las más variadas ópticas y enfoques. Este seminario es un modelo de trabajo intelectual en grupo mediante la discusión y el intercambio de puntos de vista, fuentes, métodos y análisis, de lo más provechoso, agradable y productivo; el profesor Sierra ya ha compilado seis libros que recorren Colombia desde la Regeneración hasta el Frente Nacional. El primer artículo, que se llama “Los límites de la libertad. Ideología, política y violencia en los radicales” se detiene en el periodo de los gobiernos radicales en la segunda mitad del siglo XIX. A través de textos de Salvador Camacho Roldán y otros documentos, discuto sobre la relación entre el pensamiento libertario y antiautoridad en la ideología política de los radicales y la proliferación del uso de la violencia en varias regiones colombianas. En “Fragmentación social y violencia en Colombia” me centro en el efecto que tiene sobre las personas que vivimos en Colombia en las tres últimas décadas, el sentimiento de que el entorno es temible y de que la sociedad se despedaza.

Finalmente, está el examen de las narrativas de las novelas de la época llamada en Colombia La Violencia (1946-1966). El argumento en “Novelas de La Violencia” es que las narrativas acuñadas en las novelas sobre la violencia de ese periodo crearon repudio hacia los atropellos de campesinos inermes mediante relatos de gran crudeza y por la marcada reiteración de las atrocidades cometidas en nombre de la política. Al mismo tiempo, señalaron a las autoridades del momento como los culpables. Novelar los sucesos históricos fue el gran recurso para denunciar y dar testimonio en un momento en que otros canales de comunicación permanecían bloqueados, pero con un efecto de gran ambigüedad en la denuncia. Crearon héroes —campesinos valerosos— y villanos —las autoridades locales y nacionales— y acuñaron una versión de lo ocurrido que se transmitió a toda una generación de lectores, que aún alumbra las versiones sobre esa época, pero que nunca se asumió como narrativa histórica.

Desde el 2009 inicié el estudio de los procesos culturales que inciden en la recomposición subjetiva y de grupo de quienes han sufrido acciones de

violencia política. Se trató, en particular, de una comunidad pluricultural en el Cauca (suroccidente de Colombia) que en el 2001 sufrió una masacre perpetrada por un grupo armado de “paramilitares”. Esta investigación me permitió retornar décadas más tarde a la inquietud inicial de 1992. ¿Qué ocurre con la sociedad colombiana que produce un número escandaloso de víctimas de distintos actos de violencia? La Unidad de Víctimas registró nueve millones en las tres décadas transcurridas entre 1986 y el 2017. ¿De qué proceso se trata y cómo se lo puede comprender?

De nuevo me incliné por lo que las personas corrientes que la han sufrido dicen y hacen sobre esta dura realidad. ¿Hay recomposición social? ¿Qué pasa con los sujetos que viven esto? Para este nuevo giro es indudable la influencia pública de los movimientos sociales de víctimas en Colombia en los últimos años. Me llamaba poderosamente la atención la forma en que usaban la categoría de *víctima*, la manera en que hacían públicas sus pérdidas y quebrantos en relatos conmovedores y el empoderamiento que les permitía reclamar “verdad, justicia y reparación”. Fue así como conocí, al final del 2008, a Lisinia, al finalizar un encuentro en Bogotá de víctimas de masacres. Ella viajó a Bogotá a presentar su testimonio personal sobre el asesinato de su marido en el 2001 en la llamada masacre del Naya, al suroccidente de Colombia. Era, por entonces, la cabildo gobernadora de la comunidad. La abordé y le pregunté si podría conversar con ella en su comunidad sobre esa experiencia. “Pues venga a la comunidad y allá vemos”, fue su respuesta.

Viajé en diciembre del 2008 y le propuse a ella y al resto de las 57 familias que en ese entonces conformaban una comunidad en el municipio de Timbío, Cauca, a la que denominaban Kitek Kiwe o Tierra Floreciente, si querrían trabajar sobre la recomposición después de la masacre. Como aceptaron con la condición, muy razonable, de entregarles resultados en el lenguaje de una cartilla para los maestros y escolares —más tarde añadieron un documental—, les propuse hacer el trabajo en conjunto con mis alumnos que finalizaban el pregrado en Antropología en la Universidad Nacional de Colombia, Ángela Castillo y Daniel Varela. Emprendimos un largo trabajo de campo entre el 2009 y el 2011 con los apoyos financieros de la Universidad Nacional de Colombia, Colciencias (joven investigador), el programa de derechos humanos de USAID y la beca de investigación John Simon Guggenheim Fellowship que recibí en el 2010. La investigación se inscribió como una de las líneas de investigación del grupo de investigación

Conflicto Social y Violencia del CES, grupo que para entonces tenía ya adscritos a un número importante de estudiantes en tesis de pregrado, maestría y doctorado, numerosos egresados, profesores y estudiantes visitantes y los colegas Andrés Salcedo y, posteriormente, Catalina Cortés.

¿Qué recursos culturales y emocionales emplearon los sobrevivientes que se negaron a retornar al lugar donde sucedió la masacre y más bien se empeñaron en construir una comunidad nueva? ¿Cuál fue el lugar de las emociones en la recomposición subjetiva y en la creación de un nuevo grupo comunitario? Para responder las preguntas pudimos participar de múltiples actividades de la vida cotidiana, de las acciones colectivas internas y de los actos públicos. Hablamos con cada uno de ellos, construimos 69 relatos de vida, realizamos cinco conversatorios o puestas en común, dibujamos diagramas de parentesco, registros censales, participamos en sus huertos y fiestas, escribimos la cartilla para divulgación, rodamos el documental *Kitek Kive. Nuestra memoria* y, sobre todo, vivimos activamente la composición y puesta en escena de un sociodrama y las movilizaciones públicas en cada conmemoración de la masacre durante esos años.

Pudimos presenciar parte del proceso de construcción de una narrativa pública centrada en la escenificación de las conmemoraciones, convertidas en actos políticos de demanda de resarcimiento. Ese proceso de la comunidad tan activo y participativo permitió construir lazos de identificación internos y proyectarlos hacia fuera, más allá de lo racional, posibilitando una identificación emocional. A esa identificación emocional la llamé *comunidad emocional*. Esta se produce en el proceso de narrarle a otros, atestiguar para otros el sufrimiento vivido, y lograr que esos otros se identifiquen con ellos, de manera que la narrativa aliente las acciones públicas de reparación y justicia. Vimos que a veces fue una narrativa escénica, otras ocasiones una narrativa ritual y en otras una narrativa expresamente política.

La idea es que esa narrativa adquiere verdadero efecto cuando construye comunidad emocional. Es decir, cuando el dolor de la víctima no queda particularizado en la víctima, sino que es extendido a otras audiencias que se identifican y conmueven profundamente y ese vínculo alienta acciones públicas. No se trata simplemente de compasión momentánea, puesto que el sentimiento se traduce en un *vínculo político* que ayuda en acciones reivindicativas: en pro de encontrar justicia, en pro de castigar a los culpables, en pro de saber qué ocurrió, en pro de la verdad, en pro de que las víctimas

sean reparadas de una manera integral. En ese sentido, la construcción de comunidades emocionales me parece un resorte político de la acción ciudadana importantísimo, que pone en interrelación los procesos de recomposición subjetiva y la acción social ciudadana. Lo que se conforma son comunidades políticas estratégicas, que se sostienen mediante lazos afectivos y principios morales de repudio a la violencia. Las comunidades emocionales transforman la solidaridad con víctimas concretas en acciones políticas conjuntas, restaurativas de la dignidad y los derechos lesionados, y se proyectan en una ética restaurativa. Los resultados en extenso están detallados en el libro *Después de la masacre: emociones y política en el Cauca indio* (Jimeno, Varela y Castillo, 2015).

¿De dónde proviene el concepto de *comunidades emocionales*? Alguna vez Max Weber lo usó brevemente para hablar de lo que se produce al tocar música en público. Lo que hice fue servirme de eso para denominar ese vínculo que nosotros observamos; vimos cómo la gente lloraba narrando su experiencia y cómo quienes no lo habían sufrido se conmovían frente a lo que había pasado y apoyaban las acciones reivindicativas de las víctimas. Las partes III y IV de esta compilación recogen los resultados de la investigación en el Cauca y otro trabajo precedente que tiene en común el interés por escudriñar narrativas de la violencia.

Conclusiones

En Colombia, como en otras partes del mundo, los estudios sobre cultura, subjetividad y violencia suelen estar separados de aquellos que encaran los macroprocesos políticos o históricos y unos y otros son muy numerosos en cuanto a publicaciones, así como en trabajos de grado y tesis académicas a lo largo de los pasados treinta años. Por supuesto, estos trabajos ameritan un balance detenido que no es posible ni pertinente en esta introducción. No obstante, vale la pena mencionar el valor del trabajo sistemático, pionero y sugerente de Elsa Blair para abordar las relaciones entre cultura y violencia (1999, 2003 y 2005). Desde el punto de vista de la relación histórica entre Estado y violencia, Fernán González intenta lo que él llama “una apreciación multiescalar” y un “acercamiento interactivo entre factores subjetivos y objetivos” del conflicto interno colombiano. Es decir, plantea que en su trabajo busca integrar el polo nacional, el regional y el local con problemas estructurales de la vida política y económica del

país, así como con las valoraciones y percepciones de agentes sociales para escoger la opción armada (González, 2014). Este trabajo es el de mayor envergadura para abordar la historia de la violencia y la política colombiana desde los de Daniel Pécaut (1987).

Ingrid Bolívar, quien hizo parte del grupo de investigación de Fernán González en el CINEP, emprende un enfoque novedoso sobre violencia y subjetividad en la guerrilla de las Farc-EP y las AUC en *Discursos emocionales y experiencias de política* (Bolívar, 2012). Ella plantea que su objetivo en ese trabajo es la reconceptualización de la política y la discusión sobre la naturaleza de la confrontación armada en Colombia, a partir del estudio de las emociones a las que apelan los actores armados, Farc y AUC, en los procesos de negociación política con los gobiernos de Andrés Pastrana y Álvaro Uribe. Este es entonces un camino abierto a otros investigadores que nos invita a dejar atrás las dicotomías tan establecidas en los estudios sobre violencia.⁴

Hay que mencionar el auge en Colombia durante las últimas décadas de los estudios y recopilaciones testimoniales, los que, por su propia naturaleza, retoman las experiencias de gran variedad de personas que sufrieron o infringieron violencia. El testimonio es una forma de narrativa personal que organiza la experiencia en eventos secuenciales y es, en sí misma, una representación social. Las recopilaciones de testimonios de víctimas me parecen una respuesta importante a la oleada de violencias que han estremecido a la sociedad colombiana desde mediados de la década de 1980. Apuntan a que los hechos se conozcan y no queden en la impunidad del silencio. También lo entiendo como un afán por comprender la magnitud de los crímenes: un joven antioqueño de 18 años participó el 30 de abril de 1984 del asesinato del entonces ministro de Justicia, Rodrigo Lara Bonilla (1946-1984). Fue el primero de muchos. ¿Qué explica que cientos de jóvenes de Medellín sirvieran como sicarios de distintos jefes del narcotráfico? La recopilación testimonial y periodística de Alonso Salazar en *No nacimos pa'semilla* (1990), que luego se convirtió en un artefacto cultural icónico (Patiño, 2017), inauguró un amplio trabajo de intelectuales y activistas políticos en torno a los testimonios de violencia.

4 Otros abordajes integradores entre cultura, violencia y estructura se encuentran en los trabajos de Nicolás Espinosa (2007 y 2009). Para estudios recientes que discuten la necesidad de nuevos abordajes, véase también García y Aramburo (2011) y Guzmán y Rodríguez (2015).

Se propagaron los de víctimas de secuestro, los de masacres, los de desaparición y tortura de familiares y hasta el jefe paramilitar Carlos Castaño escribió *Mi confesión* (Castaño y Aranguren, 2002).

Desde la perspectiva de la acción institucional, el Centro Nacional de Memoria Histórica⁵ cuenta con un número importante de trabajos en los que se narra la violencia de los años pasados en boca de sus protagonistas. Es así como el testimonio conforma en Colombia un cuerpo apreciable de relatos en los que subjetividad, condiciones y contextos sociales se entrelazan y dan lugar a nuevos estudios. Estas narrativas ponen de presente aristas ignoradas y abren perspectivas de análisis enriquecidos sobre el ejercicio de la violencia (Jimeno, Pabón, Varela y Díaz, 2016).

La línea metodológica general de la compilación contrasta expresiones del sentido común, pero siempre buscando partir de la comprensión que los propios actores sociales tienen de hechos y conceptos. Esto significa retomar la larga tradición de la antropología que busca entender fenómenos sociales a partir del significado para sus protagonistas y construir, a partir de allí, la propia visión del investigador. Esta línea metodológica implica conocer, ante todo, qué entienden las personas corrientes por experiencias violentas, rescatar sus relatos, sus narrativas, para desentrañar sus resortes culturales y subjetivos y, finalmente, proponer recurrencias y regularidades detectadas por el investigador.

En general, se puede afirmar que las personas, lejos de “indiferentes” o “acostumbradas” a la violencia, la sufren intensamente. Que las huellas mnémicas de su sufrimiento son reconocibles años más tarde y que existe un sistema complejo de explicaciones y adaptaciones a ese dolor (véase Jimeno *et al.* 1996 y 1998). La idea de que los colombianos, y en especial las personas de menores ingresos, son indiferentes o proclives a la violencia tiene consecuencias prácticas negativas y se puede considerar como un estigma social de clase. De allí la importancia de la crítica del conocimiento experto a estos lugares comunes.

5 El Centro Nacional de Memoria Histórica es una institución pública adscrita al Departamento para la Prosperidad, creada por la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras del 2011 con el fin de reunir y recuperar todo el material documental y testimonios orales de violaciones de derechos contempladas en la Ley de Víctimas. Se propone contribuir al esclarecimiento de los hechos e identificar a los responsables y las condiciones que hicieron posible el conflicto armado en Colombia y aportar a la dignificación de las víctimas. Véase, www.centrodememoriahistorica.gov.co.

Como conclusión general se puede decir que los textos recopilados discuten tanto con el sentido común como con el conocimiento experto. En particular, con la línea de pensamiento que coloca la violencia por fuera de los contextos sociales y culturales para volverla un subproducto de condiciones genéricas, e inclusive atávicas, del ser colombiano, o un epifenómeno de la estructura social. En contraste, los contenidos aquí reunidos se basan en la idea teórica de entender la violencia como una acción social cuyo núcleo es la intención de hacerle daño a otros (o así mismo). Para entenderla como acción social es preciso detenerse en el contexto particular de relaciones en que ocurre y comprender el conjunto de motivaciones y valoraciones que alientan a los sujetos a usarla. A partir de allí es posible precisar las interacciones en que se desenvuelve hasta llegar a la manera como se conecta con la estructura social. La propuesta es estudiar la violencia desde su práctica por sujetos situados, sean estos padres de familia, maridos celosos, agentes institucionales, guerrilleros o paramilitares. Pues es partiendo de esto que podremos develar las líneas, a menudo soterradas, que conectan a los sujetos con esquemas culturales aprendidos tales como las formas de masculinidad o el papel asignado a las emociones. Finalmente, es posible vislumbrar cómo está inmersa la violencia en estructuras sociales jerárquicas y de poder.

Lawrence y Karim (2007) insisten en que la violencia siempre tiene un contexto que modela tanto a los actores de la violencia como a quienes la representan, sean estos medios de comunicación o expertos. En la presentación de la compilación sobre violencia que ellos realizaron (2007), destacan que Michel Foucault pone de presente que la violencia comienza y se crea en la conciencia humana y sus prácticas, puesto que la subjetividad no es algo meramente interno; hace parte de un complejo mayor de textos, instituciones y prácticas discursivas. En los textos compilados que presento aquí, comparto el situar a la violencia en la conciencia subjetiva, que no es simplemente algo personal e interno, sino que se construye incrustada y en tensión con la red sociocultural, las instituciones y las fuerzas históricas, y se explora a través de sus prácticas. Si la violencia se concibe de esta manera, se opta, como bien lo dicen Lawrence y Karim, por entenderla más como proceso que como producto. Si se la ve como producto se retrata como episódica y esporádica, como excepción a la norma, se la entiende como circunscrita. Mientras que si se la percibe como proceso es acumulativa y se explaya sobre la conciencia personal

y el autoreconocimiento colectivo. No queda encerrada en el suceso en que ocurre. En varios textos argumento precisamente sobre este punto: la relación entre el uso de la violencia de los padres hacia los hijos y el forjamiento de una noción de autoridad como impredecible y temible, que fragua la desconfianza en las formas de autoridad institucional y socava los atributos persuasivos y protectores de la autoridad en el conjunto de la sociedad.

También argumento sobre la relación entre el uso de la violencia letal hacia la pareja y la concepción escindida entre razón y emoción, la idea de las emociones como preculturales e instintivas y las jerarquías de género. Y el efecto de las narrativas de las novelas de *La Violencia* más allá del momento de su publicación y los propósitos de sus autores. La violencia sobrepasa su carácter instrumental y circunscrito para insertarse en redes muy amplias de relaciones y discursos sociales estructurales. Pero, de forma inversa, las prácticas sociales contra la violencia impactan y modifican la estructura, como se refiere en los textos sobre crímenes pasionales y feminicidio y sobre la recomposición de un grupo de personas sobrevivientes del ataque armado al Naya. Estas personas crearon narrativas públicas que trascienden la denuncia y el dolor causado por la violencia para emprender acciones ciudadanas de justicia y dignidad, base de una ética social del reconocimiento. Su sustrato es la conformación de comunidades emocionales políticas mediante narrativas públicas del trauma y de reclamo de verdad y justicia.

En ese sentido, los textos compilados proponen borrar la línea divisoria entre violencia estructural y violencia subjetiva, pues las dos están interligadas: distintos niveles y aspectos de la estructura social subyacen en las prácticas individuales de violencia y, a su vez, la violencia impacta, perpetúa o modifica aspectos estructurales, como es el caso en las revoluciones sociales o en las prácticas de resistencia antihegemónicas. La obra de Norbert Elias es un extenso conjunto de argumentos en favor de la correspondencia entre la estructura de cada sociedad y la estructura psíquica personal. Esta concepción le da sustento a su propuesta sobre los cambios en la modernidad que resitúan la violencia personal tanto como la violencia social, al consolidar el monopolio de la violencia por los Estados nacionales y, al mismo tiempo, crear formas de autocontrol personal (Elias, 2009).

Los puntos centrales del entramado entre aprendizajes culturales y uso de la acción de violencia se pueden resumir en los siguientes:

- El empleo de la violencia doméstica construye una profunda desconfianza de las personas en la autoridad. Esta se confunde con la coacción y no se la reconoce por sus características de protección y persuasión. Se desconfía de los mecanismos institucionales de regulación del conflicto, lo que, a su vez, incita al uso de la violencia en la solución de conflictos interpersonales.
- La cultura imputa el acto de violencia a la locura, lo que es resorte de exculpación de los crímenes llamados pasionales, ahora redefinidos como feminicidio.
- La cultura sanciona el uso de la violencia, pero la disculpa cuando es “emocional”, como en los crímenes llamados pasionales.
- La violencia se sanciona, pero hace parte de ideologías políticas libertarias, como se examina en el texto sobre los radicales en Colombia y el debate entre igualdad o libertad.
- Las personas y los grupos sociales se sobreponen a los efectos de la violencia mediante una gama de acciones entre las que destaco la creación de narrativas que se despliegan en actos públicos y dan lugar la creación de *comunidades emocionales*, que son comunidades políticas que crean condiciones de verdad y justicia.

Creo que es equívoca e inútil la discusión de si la violencia proviene de nuestros genes o está en nuestro cerebro primitivo. Más bien, se trata de abocar una aproximación integral de la acción humana según la cual entre los humanos las condiciones biológicas están ligadas de forma inseparable con las orientaciones de sentido que la cultura nos ofrece. Por ello, los textos destacan los aspectos relacionales del acto de violencia.

La tesis central es que la violencia no puede ser entendida como si fuera un atributo personal o de un grupo social. Tampoco puede confundirse con la cultura como en la socorrida expresión “cultura de la violencia”, pero acontece en redes culturales y adquiere sentido en la vida cultural de personas y grupos específicos. Es así como ciertos esquemas culturalmente aprendidos incitan a resolver conflictos interpersonales mediante la acción violenta, si bien lo hacen muy a menudo de manera implícita, tácita o velada, mediados por prácticas discursivas y acciones ambiguas.

El conjunto de textos aquí reunidos varía en sus énfasis y aproximaciones como fruto que es de varias décadas de trabajo en las que la investigadora ha cambiado con el contexto en el que ha trabajado y con lo que este contexto le ha enseñado.

Bibliografía

- Arendt, H. (1981). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Alianza.
- Arendt, H. (1999). *Eichmann en Jerusalén: un estudio sobre la banalidad del mal*. (C. Ribalta, trad.). Barcelona: Lumen.
- Arendt, H. [1970] (2015). *Sobre la violencia*. Buenos Aires: Alianza.
- Blair, E. (1999). *Conflicto armado y militares en Colombia: cultos, símbolos e imaginarios*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Blair, E. (2003). *Imágenes del otro en la(s) violencia(s) colombianas: por una antropología de la violencia*. Medellín: Instituto de Estudios Regionales.
- Blair, E. (2005). *Muertes violentas: la teatralización del exceso*. Medellín: Instituto de Estudios Regionales, Universidad de Antioquia.
- Bolívar, I. (2012). *Discursos emocionales y experiencias de política*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Castaño, C. y Aranguren, M. (2002). *Mi confesión: Carlos Castaño revela sus secretos*. Bogotá: La Oveja Negra.
- Cubides, F., Arocha, J. y Jimeno, M. (1998). *Las violencias: inclusión creciente*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Elias, N. (2009). *El proceso de la civilización*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Eron, L. (1994). Theories of Aggression. From Drives to Cognitions. En L. Eron y L. Rowell Huesmman (eds.), *Aggressive Behaviour. Current Perspectives* (pp. 3-11). Nueva York: Plenum Press.
- Eron, L. y Rowell Huesmman, L. (eds.) (1994). *Aggressive Behaviour. Current Perspectives*. Nueva York: Plenum Press.

- Espinosa, N. (2007). Política de vida y muerte. Apuntes para una gramática del sufrimiento de guerra en la Sierra de la Macarena. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 2(1), 43-66.
- Espinosa, N. (2009). Etnografía de la violencia en la vida diaria. Aspectos metodológicos de un estudio de caso. Informe de investigación. *Universitas Humanística*, 67, 105-125.
- Fals Borda, O. (1978). *Por la praxis: el problema de cómo investigar la realidad para transformarla*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo.
- García, C. y Aramburo, C. (2011). *Geografías de la guerra, el poder y la resistencia. Oriente y Urabá antioqueños 1990-2008*. Bogotá: Odecofi-Cinep.
- Geertz, C. (1983). *Local Knowledge. Further Essays in Interpretive Anthropology*. Nueva York: Basic Books Inc.
- González, F. (2014). *Poder y violencia en Colombia*. Bogotá: Odecofi-Cinep.
- Guzmán, Á. y Rodríguez, A. (2015). *Orden social y conflicto armado. El norte del Cauca 1990-2010*. Cali: Universidad del Valle.
- Jimeno, M. (2004). *Crimen pasional. Contribución a una antropología de las emociones*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Jimeno, M. (2007). *Naciocentrismo: tensiones y configuración de estilos en la antropología sociocultural colombiana*. *Revista Colombiana de Antropología*, 43, 9-32.
- Jimeno, M. (s. f.). *El impacto de la guerra en la antropología y de cómo la antropología impacta la conciencia social en Colombia*. Inédito.
- Jimeno, M., Roldán, I., Chaparro, S., Calvo, J., Ospina, D. y Jaramillo, L. (1996). *Las sombras arbitrarias: violencia y autoridad en Colombia*. Bogotá: EUN.

- Jimeno, M., Roldán, I., Ospina, L., Jaramillo, L. E., Chaparro, S. y Trujillo, J. (1998). *Violencia cotidiana en la sociedad rural: en una mano el pan y en la otra el reño*. Bogotá: Universidad Sergio Arboleda.
- Jimeno, M., Varela, D. y Castillo, Á. (2015). *Después de la masacre: emociones y política en el Cauca indio*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia e Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Jimeno, M., Pabón, C., Varela, D. y Díaz, I. (2016). *Etnografías contemporáneas: las narrativas en la investigación antropológica*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Lawrence, B. y Karim, A. (2007). *On Violence: A Reader*. Durham: Duke University Press.
- Lawrence, B. y Karim, A. (2007). General Introduction: Theorizing Violence in the Twenty-First Century. En *On violence: A reader*. Durham NC: Duke University Press
- Marcus, G. (1997). The Uses of Complicity in the Changing Mise-en-Scene of Anthropological Fieldwork. *Representations*, 59, 85-108.
- Patiño, J. (2017). *No nacimos pa' semilla: la construcción de un artefacto cultural icónico de la violencia juvenil en Colombia* (tesis de doctorado). Recuperado de <http://www.bdigital.unal.edu.co/61060/7/79705130.2017.pdf>
- Pécaut, D. (1987). *Orden y violencia: Colombia 1930-1954*. Bogotá: Siglo Veintiuno Editores, Fondo Editorial Cerec.
- Rappaport, J. (2008). Beyond Participant Observation: Collaborative Ethnography as Theoretical Innovation. *Collaborative Anthropologies*, 1, 1-31.
- Rappaport, J. (s. f.). Orlando Fals Borda, La Rosca, and Participatory Research in Colombia. En B. Weiler and P. Lambert (eds.), *Uses of the Past in Past Societies* (s. p.). Londres: Proceedings of the British Academy (forthcoming).

Rappaport, J. y Field, L. (2011). Introduction. *Collaborative Anthropologies in Latin America*, 4, Special Issue, 3-17.

Salazar, J. A. (2013). *No nacimos pa' semilla: la cultura de las bandas juveniles en Medellín*. Bogotá: Planeta.